

Extras 2

*Carpetana**

Vivir es volver (Azorín)

I. Neptuno¹

Poco antes de la segunda venida del milenio, en tiempos de Los Sisos, Aquinino, Chivaloka y todos esos dibujos animados, cursaban el bachillerato en Colmenar estudiantes de los pueblos de la sierra. “Los de los pueblos”, que así le llamábamos, llegaban cada mañana al ‘Insti’ en un autobús de ruta que les recogía muy temprano a la puerta de sus casas y al acabar las clases les llevaba otra vez de vuelta, avanzada ya la media tarde. Durante los primeros cursos que pasé allí, aquel autobús de ruta traía a una sólo estudiante de un sitio llamado Cabanillas de la Sierra. Era una chavala de pelo negro y unos ojos claros muy bonitos. También tenía unas tetas y un culo infernales. En invierno llevaba un plumas gris y rojo y en primavera náuticos de pija. En verano se bañaba en piscinas privadas y mares azul turquesa. No recuerdo su nombre, le llamábamos simplemente ‘La de Cabanillas’.

Algunos años antes, siendo yo un chavalín de 8 ó 9 años, mi abuelo materno se me acercó una vez con su carterilla de bolsillo y sacó un taco de papeles apelmazados que guardaba siempre atados con una goma. Extrajo del centro del mazo una tarjeta de visita nuevecita, blanca como la nieve, que le había dado un señor conocido suyo, tratante de algo. Me la pasó y me dijo que le leyera en voz alta lo que allí decía. En la tarjeta ponía:

«Benigno Chinchón, Venturada».

Soto, Manzanares, Miraflores, Rascafría, Canencia, Valdemanco, Bustarviejo, La Cabrera, El Berrueco, San Agustín, Valdetorres, Fuente El Saz, El Molar, Pedrezuela, Talamanca, Buitrago, Paredes, Mangirón, Torrelaguna, Patones, Redueña, Cerceda,

* El autor de este estudio desea agradecer la colaboración –tan amable como inocente– de las siguientes personas: David Cortés, Paloma Colmenarejo, Rafael González, Vibi Colmenarejo, Martina González, José Carlos Bouso y Javier Rizo. Para Jesús Aragón.

Mataelpino, El Boalo, Becerril, Colmenarejo, Hoyo, Torrelodones, Galapagar, Villalba, El Escorial, Zarzalejo, Cercedilla, Los Molinos, Guadarrama, Collado Mediano, Alpedrete, Moralzazal, El Vellón, Guadalix, Navalafuente. Cabanillas. Venturada. Destellos hipnóticos girando y perdiéndose dentro de la espiral platónica como naves a la deriva en el inmenso oceano místico, perpetuamente *supuesto*, que baña al continente de la consciencia: existió una vez un planeta minúsculo y pleno escondido dentro del claroscuro que proyectan, hacia el norte, las luminarias cortesanas: riberas, velázquezes y goyas bajo custodia de la corona y el tridente. Fantasía planetaria intrauterina de ideales de vida otra. Imaginarios pueblecitos irrecuperables, agujeros negros de la memoria a tiro de bici, carne de película infinita. Bebés divinos en perpetua gestación.²

II. Regreso al andén de las bombas

Mediodía, jueves. Un andén desierto en la estación de cercanías de Madrid-Atocha. Sobre la vía exterior, descansando en mitad del viaje, el tren que va a Alcobendas y San Sebastián de los Reyes. El panel luminoso anuncia el paso, por la vía de dentro, del cercanías para Tres Cantos: llegará en seis minutos. Aguarda su turno el solitario turista de mediodía en este más ominosamente familiar de todos los andenes de cercanías: el lugar donde otro jueves de hace ahora casi dos años, once de marzo, estallaron los últimos vagones-bomba. Un indígena descacharrado, refugiado del acoso militante de las convocatorias por móvil y las caceroladas en carne propia, escapando como alma que lleva el diablo del vientre metropolitano del espanto. Cuando, al cabo, se descubre regresado por unos minutos al túnel del horror del que creía estar alejándose. Sábado ya, plena prórroga de la matanza, su afligida ausencia huyendo al pueblo de los abuelos, maldita sea, por la puerta mala, se encuentra sin querer ante el palimpsesto de caligrafías dolientes: es llegado al mausoleo fugaz de la Gran Reventación. Sí, qué putada: resultó que el tren que llevaba de vuelta a la casa del padre salía del mismísimo andén donde la caja de herramientas le había petado a Sancho Panza. De noche era ya cuando este robot sonámbulo, en tránsito de vuelta al seno materno, se halló despierto frente al suelo estrellado de velitas rojas. Arranca ahora el cercanías de Sanse y aparecen pequeñas avanzadillas de aspecto vagamente humanoide que vienen a tomar el de Tres Cantos. Caminan arriba y abajo la espera estos seres ciudadanos que giran, fototrópicos, la cabeza hacia la luz al final del túnel que se abre por la parte de Méndez Álvaro. En quince minutos la nave de los ancestros volverá a detenerse junto al andén

de las bombas. En el alto frente de fibra roja de vidrio trae escrito su destino con letras de confeti amarillo: Colmenar Viejo.

III. Día de fiesta en un campo de batalla soñado

Colmenar Viejo. population 37,240 / elevation 883m. There's little to see in this Madrid satellite. But if you are in Madrid in the first days of February, get up here to witness the colourful Vaquilla, a fiesta with pagan origins dating back to the 13th century. A highly ornamental 'heifer' prances about town before being 'slaughtered' by toreros (bullfighters) dressed in Andalucian style.†

En la tierra ancestral de los sueños europeos, la nueva golosina propagandística de los documentales de promoción turística le caería en suerte al arrollador Ministerio de Información y Turismo del tremebundo Fraga Iribarne. «El jueves, 29 [de noviembre de 1962], Samuel Bronston viene al Club de Prensa; está terminando *Cincuenta y cinco días en Pekín*. Se encuentra allí el «todo Madrid» admirando a Ava Gardner [...] Conversación (el martes, 26 [de marzo de 1963] con Samuel Bronston, sobre problemas del cine norteamericano en España. [...] [Viernes 18 de octubre de 1963] condecoración a Samuel Bronston por su promoción del cine en España. [...] [Martes, 7 de abril de 1964] Samuel Bronston nos presenta el gran documental *Sinfonía española*, destinado a tener un gran éxito en Estados Unidos.»³ Y así fue que el ministerio “fraguil” convirtiéndose en magno patrocinador estatal del proyecto de instalación de los superproductivos Estudios Cinematográficos Samuel Bronston en los terrenos disputadamente mancomunados de la Dehesa de Navalvillar de Colmenar Viejo, villa cercana a la ciudad capital de Madrid.

(Desde principios del siglo XVIII, el tirón de la demanda de carne por parte de los mercados de Madrid favoreció la progresiva especialización ganadera de la economía de Colmenar. Las necesidades de rentabilidad de los negocios ganaderos, que precisaban explotaciones de mayor tamaño, dispararon un proceso de concentración parcelaria cuyo colofón fue la monopolización *de facto* de Navalvillar por parte de las grandes

† «Colmenar Viejo. Población 37,240 / altitud 883m. Hay poco que ver en este satélite capitalino. Pero si se encuentra usted en Madrid durante los primeros días de febrero, lléguese hasta allí para ver su colorista fiesta de La Vaquilla, un espectáculo de orígenes paganos que se remontan al siglo XIII. Las “vaquillas” ricamente ornamentadas recorren las calles del pueblo hasta que son sacrificadas por toreros [sic] vestidos a la usanza andaluza [sic].» (Damien Simonis et. al., *Spain*, Londres, Lonely Planet, 2006, 167).

familias ganaderas de la localidad en connivencia –de raíz consanguínea en muchos casos– con las autoridades municipales.⁴ A esto se unía el buen cartel del que disfrutaban los llamados “toros de la tierra” en los espectáculos taurinos que se celebraban en la Villa y Corte, así como del aumento explosivo de éstos desde mediados del siglo XVIII –ochenta y cinco de las quinientas divisas ganaderas que lidiaron toros en Madrid entre 1760 y 1899 pastaban en fincas del término municipal de Colmenar Viejo–. Amparados en un salvoconducto oficioso que les declaraba ‘reales proveedores de la fiesta nacional’, y espoleados por el plus de *glamour* que otorgaba el favor del público capitalino, los ganaderos de bravo locales usufructuaban tradicionalmente en condiciones privilegiadas los abundantes recursos agropecuarios de la gran dehesa boyal colmenareña.⁵)

Dehesa de Colmenar Viejo (*Espartaco*, Kubrick, 1960; *El Cid*, Mann, 1963)



El mero (¿mero?) hecho de ser un paisaje agreste de variado relieve, medio serrano, a tiro de piedra de los capitales capitalinos (platós de rodaje y su personal y equipos especializados) le ganó al pardo verdoso de aquellos pastos supuestamente públicos, salpicados de chaparros y peñotes y permanentemente al borde de la deshidratación, el nuevo oficio de servir como decorados exteriores «miméticos» para las grandes batallas a campo abierto de rodajes legendarios de la historia del cine, como *Espartaco* (Stanley Kubrick, 1960), *Los 55 días de Pekín* (Anthony Mann, 1961), *Rey de Reyes* (David Lean, 1962) o *El Cid* (Anthony Mann, 1963), amén de un montón de *spaguetti westerns*.⁶ Exactamente la misma virtud fotogénica, pero explotada en más bajas temporadas ociosas, había convertido a estos mismos predios municipales en campo de maniobras de entrenamiento y ejercicios de tiro artillero del ejército español, el real no el de cartón piedra. «Las iniciativas municipales para la instalación de cuarteles

militares... son evidentes tras la publicación, por el 'Ramo de Guerra', en la Gaceta de Madrid de 15 de diciembre de 1920, sobre el concurso abierto de proposiciones para la adquisición de terrenos necesarios con destino a la construcción de tres cuarteles por el Batallón de Instrucción de Infantería y los grupos de Instrucción de Caballería y Artillería. Se tendría en mayor consideración aquellas ofertas que ofrecieran terrenos situados en las inmediaciones de la capital, dentro de la provincia o incluso en otras provincias limítrofes. Asimismo se consideraba como una cuestión preferente que en las inmediaciones del acuartelamiento se dispusiera de campo de variado relieve para efectuar en ellas diversos ejercicios y prácticas militares.»⁷

Si el simpático pueblecito mediterráneo de cine que era el *Calabuig* de Berlanga (1957), es ahora un balneario geriátrico regentado por dementes (*París-Tombuctú*, Berlanga, 1999), nuestro campo de batalla perfectamente teatral, *soñado*⁸, a las puertas de la capital se ha tornado paisaje virtual pareado: una vista endosada a las ventanas adosadas de un chalet endiosado, carísimo del copón, a veinte minutos del centro de la capital, demonio de los atascos mediante. El literal folleto publicitario de urbanización residencial con solera para gente con posibles que es hoy aquel otro pueblo de cine, Colmenar Viejo, trae, entre sus bucólicos detalles añadidos, un precioso adorno floral con sello de calidad turística de nivel estatal: la celebración, el segundo día del mes de febrero de cada año, de una coqueta fiesta popular en la que, dice el folleto, los mozos del pueblo se disfrazan de 'vaquillas'. Mas, ¿qué son esas *vaquillas*?

* * *



Del balcón central del consistorio, por donde asoman de tanto en tanto el concejal de cultura y los suyos, pende una gran pancarta blanca que dice: «Bienvenidos a La Vaquilla 2006, declarada Fiesta de Interés Turístico Nacional.» Por más hórrida que pueda resultar al ojo estetizante, la exhibición pública de réplicas de gran tamaño de esta familia de sellos de promoción administrativa homologados a nivel comarcal, provincial, autonómico o estatal, se ha convertido en uno de los elementos fundamentales de la estrategia escenográfica de las fiestas populares contemporáneas, parte de ese «esfuerzo sistemático» de la modernidad para conseguir «que la conciencia del lugareño se equipare con la del extraño.»⁹ El texto pintado sobre una lona blanca que recubre la parte baja del balcón municipal hace de este modo presentes, en primer plano de la liturgia neo pagana de invocación *in vivo* de los euritos del santo turista, a varios centenares de chupatintas. Son los habitantes juntaletas de esas aguerridas oficinas ministeriales que, cada par de años o tres, cambian de nombre y adscripción para ver de conservar, ampliada en la medida de lo posible, su dotación de recursos humanos y materiales. Son el virus cibernáutico de la proliferación laberintizante, la enfermedad que ataca, inexorable y específica, el organigrama, absurdamente eficaz como ninguno, de funcionalidades y sectorialidades burocráticas sobre el que germina la *selva rerum* de campañas públicas de promoción de la marca turística *Spanish Cargo*.¹⁰



Al comienzo de su autorizada discusión sobre las fiestas de vaquillas –las cuales, según halló, estarían en continuidad con las liturgias paganas que pautaban ritualmente el ciclo invernal de la antigüedad hispano-románica–, Julio Caro Baroja reproducía varios párrafos de la descripción cuidadosa que, de la fiesta de la vaquilla de San Sebastián que se celebra en el pueblo madrileño de Los Molinos, hizo la periodista Luisa Carnés en un artículo publicado en 1935. Entre el resto de valiosas informaciones secundarias que

documentan casos festivos similares por toda la geografía castellana –Toledo, Soria, León–, en Extremadura, Andalucía y Cataluña, así como en algunas localidades de Suramérica como Quito y La Paz, se incluye también una breve referencia a la vaquilla de San Blas de Miraflores de la Sierra.¹¹ Sin embargo Julio Caro no menciona en su informe fundacional la vaquilla de la Candelaria del vecino Colmenar, a la sazón la primera y única (a día de hoy) fiesta de este género que, con el tiempo, acabaría gozando del mencionado distintivo estatal de calidad turística. A pesar de lo cual es posible afirmar que la obra y el magisterio del gran historiador y etnólogo vasco-madrileño ha debido jugar indirectamente un papel importante en el curioso renacimiento popular de esta última celebración. En efecto, partiendo del hecho, decisivo, de la instalación, a finales de los años 1960, de la flamante Universidad Autónoma de Madrid en terrenos cercanos a la que era por entonces la linde norte del término municipal de Colmenar, cabe ponderar la influencia de la red de discípulos y seguidores de la obra antropológica de Julio Caro que orbitaban alrededor de las cátedras de antropología social y cultural de las Facultades de Filosofía y Letras de esta universidad y de sus vecinas Complutense y Universidad a Distancia, sobre la generación de estudiosos pioneros que, desde principios de la década de 1980 y dentro del novedoso marco docente e investigador que proporcionó, en sus inicios, la flamante Universidad Popular Municipal de Colmenar Viejo, emprendieron las primeras descripciones y análisis etnográficos de nivel profesional sobre la variante colmenareña de la fiesta de la vaquilla.¹²

La exitosa insurgencia de la vaquilla colmenareña se inicia a finales de los años de 1970 con la puesta al día de su envoltorio socio-cultural, cuando el viejo ritual se adapta al moderno formato pseudo deportivo del ‘concurso de belleza’, con un jurado experto de cargos municipales que evalúa la presentación y actuación de los grupos danzantes y concede trofeos honoríficos y premios en metálico a los primeros clasificados. (Con el paso de los años el nuevo procedimiento concursal se ha ido ritualizando también él de manera progresiva, eliminándose casi por completo los elementos competitivos y democratizándose el sistema de concesión de premios. En la actualidad, todos los grupos, por el mero hecho de presentarse a concurso bailando su vaquilla ante el público congregado en la plaza del pueblo, reciben una placa conmemorativa y un premio en metálico del mismo importe. Acaso la destronada institución del *podium* encuentre su último refugio en el diferencial de intensidad sonora de los aplausos públicos.) La

afortunada historia prosigue, en la década de 1990, con la concesión político-administrativa al municipio de Colmenar del codiciado certificado de calidad antropológico-folclórica, esto es, la declaración de fiesta de interés turístico nacional, para el evento vaquillero en cuestión, y culmina en la actualidad con su consagración económico-fiscal en el marco de la consolidación del nuevo complejo industrial de los servicios turísticos de proximidad, simbolizado por el fantasma del calentamiento global del planeta y la quiebra concomitante de los vuelos transcontinentales baratos y, al otro lado del mostrador, por la proliferación micofílica de las casas rurales y el auge correlativo de las llamadas “escapaditas” de fin de semana.¹³

IV. Animales de la noche y tontos en apuros

Progresivamente abstraído del caos visionario donde habitaban los sueños profundos y la conciencia alterada de los pueblos cazadores y recolectores primitivos, el complejo arquetípico de los ancestros-dioses-animales conforma el núcleo simbólico de las mitologías campesinas.¹⁴ Entre los humanos, entonces, la costumbre festiva de disfrazarse de animales (toros, cabras, lobos, osos, zorros, águilas, ciervos, caballos) para invocar a la diosa de la fertilidad es, tan antigua como generalizada.¹⁵ Ser pesadillesco, mágico y magnético, emergido del sueño ancestral de la indestructible animalidad, la vaquilla es, según consta en letra de molde¹⁶, probable descendiente de las antiguas *vítulas* o *vétulas* carpetovetónicas: hombres que ocultan su rostro y su cuerpo tras máscaras y pieles de bestias tomaban jocosamente, se dice, las callejuelas de las antiguas aldeas de la provincia hispánica para acosar burlonamente a las muchachas durante las *Kalendae Januariae*, especie de carnaval que los romanos celebraban durante el mes de enero en honor del dios Jano, la figura mercurial de las dos caras.





A la salida del restaurante, de improviso, pasa zumbando una de esas comparsas cencerriles que corren tras un simulacro artefacto que llaman *vaquilla*. Aquí y ahora, el estrafalario cortejo ritual de la novia mística se va concretando como una textura sonora alborotada y huidiza de bordones, tintineos y chasquidos.¹⁷ Irrumpen por sorpresa y al momento ya se alejan alegres campanillos de nostalgia al galope sobre los pechos de los chavales componiéndose, familiares disonantes, con el seco sonido neumático de la honda pastoril que hace restallar cada miembro de esta llamativa cuadrilla vocinglera.

«Así como la tiente con el cesto era una faena típica en las ganaderías de Navarra, el acoso es esencialmente andaluz y el herrado a la estaca se practica en Salamanca, la ‘mudanza’ nos habla de Colmenar y sus aledaños, por lo cual nos acogemos a este expresivo nombre en vez de poner ‘conducción del ganado’ que suena a frialdad libresca. [...] Tantas veces fui de mudanza por esos caminos, que me basta con cerrar los ojos y pensar un poco en ello para sentir en mis oídos la música, tan alegre y tan nostálgica a la vez de los campanillos y de los cencerros salpicada, como si fueran los contables de la obra, de las voces absurdamente graciosas de los vaqueros, que parecen responder a un lenguaje especial.

- *Bueyé..., bueyéeee...! ¡Cobra ahí!... ¡Cobra ahí!*

Se diría que al oírlos se agudiza el ruido de las zumbas... Un buey se ha parado a rascarse en un enebro...

- *¡Volante, Volante!... ¡Caleseeero!... Orto..., Jorto..., jor...*

Ahora es un torito el que se planta y vuelve la vista atrás...

- *¡Hira mach!... ¡Riau!... ¡Ajajá! [...]*

Y durante unos minutos el tilín tilín y el tolón tolón luchan por ver quién es más fuerte, hasta que se sobreponen a ambos las campanas de Manzanares tocando ‘a las doce’. La canícula difumina levemente los objetos lejanos y cuando se escucha a la cigarra gritando su monótona canción en los árboles de la carretera, que va por la Cañada Real como nosotros, parece que se acentúa la sensación de calor en este mediodía de julio.»¹⁸

Neo-pandilleros flipados y onanistas de la Play y el MP3, mozos casaderos que fueran, “corren” ahora también, criaturas, su maqueta de vaca brava ideal calle abajo bajo los rigores invernales de febrero el cojo. La traen “de mudanza” hacia el viejo corazón musical de la villa, la plaza del pueblo. ¡Ostias! ¡Van *follaos*, tronko! Por cierto, ¿no hay chicas en las vaquillas? ¡*Pa* chasco! Milagro sería.

* * *

Il Aboccati, del que dicen las leyendas de todos los días que daba clases particulares al mismísimo Príncipe, Felipe VI de Borbón que será el hombre, exponiéndole al propio *insider* cierto argumento impensado –o pensado a ‘voto pronto’ como si dijéramos, y por ello tan indudable– sobre lo que significa ser un *intellectualoid*. De este segundo, en otros tiempos llamado el Sobre, cuenta la fantasía popular que una mañana de ácida resaca puso una bomba de efecto retardado bajo el tótem sagrado del Museo del Prado. De pie junto a estos dos, protegiéndose del frío con un anorak polar de color amarillo, el liante, por otro nombre La Sábana Santa, se curra, carita de niño, el primer chichoflo de la tarde. De él se afirma –también en ensueño diurno– que si la España eterna lo hubiera permitido habría llegado a conquistar, por cuenta de los Estados Unidos de América, el corazón neurológico de la mente femenina. (Siempre estará a tiempo de volver a escanear a la perrita Pedrita.) Cierran el círculo El Cabrero y el Dibujante, los cuñaditos. Apoyado en la dura roca de Colmenar, cuyo tacto usa como evidencia de lo que viene en afirmar, el primero sostiene, contra la opinión del Profe, que es fácil distinguir esta esquina y cualquier otra del pueblo de una esquina de Seattle. Mejor hacerle caso: este torero astuto se atrevió un día a desafiar en su propio terreno económico algunos de los disparates más aceptados de la modernidad y consiguió salir airoso. (Tampoco se le han consentido más tontunas a la tradición: si la raza autóctona se amariconan, bienvenidas sean las murcianas que son más duras y dan más leche). Rula el costo en nuestras bocas. El Dibujante alucina con la desmesura de la escena y sonrío. También sobre éste corre

una leyenda: que estando en un lugar inmejorable para el pelotazo se negó a aceptar sobornos de la mafia del marxismo ladrillismo. Maestro en el arte del acoso y derribo en medio urbano, el Dibujante de espirales eternas da el primer paso para animar a su compañía a emprender el camino de bajada hacia la plaza y los demás le siguen. Hasta los tontos en apuros se creen, en algún momento de sus vidas, parte del pueblo elegido. *Pa'ha casta. Pa'ha galán.*

V. Los primos d'en ca' la' güela

Un taleguero, reclamado por sus compinches, que invaden las aceras onda en ristre, entra en un comercio a pedir para la vaquilla. Al cruzar la calle, encontramos de frente el armatoste de la vaquilla con sus pañuelos, enseñas y rosquillas y su enorme cornamenta. El profesor de la academia es reclamado por uno de sus niños, mayoral vestido de rojo, para que suelte la gallina él también. «Gracias», corresponde tras el óbolo el mayoral en su papel de improvisado taleguero. De repente, por detrás, la voz de un primo llamando a otro. ¡Primo Luisvi, primo Luisvi! ¡Buenooo! ¡Buenooo quién ha venido...! ¡Buenooo los vaquilleros! ¡Qué pasa, primo! ¡*Pa'ha casta! ¡Pa'ha cas-ti-ta!*

Es uno de esos primos hermanos, de los *d'en ca' la güela*. Viene el primo vestido de fiesta aunque de paisano y lleva subido sobre sus hombros, 'a rejón', a uno de sus hijitos, vestido de vaquillero. Detrás, la madre con los otros dos críos, perfectamente uniformados también para la fiesta con la gorrita de visera a cuadros, el pañuelo rojo al cuello, la camisa blanca arremangada, los correaes de cuero cruzados sobre el pecho de los que penden pequeñas campanas, faja azul, pantalón de pana negro, las medias blancas y las alpargatas de cáñamo –de coracha, en el original– atadas hasta los tobillos con correaes de color rojo terminados en borlas. *¿Qué tal?*, pregunta el primo a la madre. *Muy bien, ¿y tú?*, responde. *Na', aquí. Hemos venido a hacer un poco el antropólogo, para contribuir a la literatura...* El padre de los tres churumbeles, vaquilleritos sin vaquilla, el marido de la mujer, el primo del primo, se adelanta para hablar con una parejita que pasa a su lado y luego vuelve sobre sus pasos, con el enano en lo alto, a seguir saboreando el alegre encuentro. *Oye, tu hermano Antolo no seguirá haciendo la vaquilla...*, inquiera uno. *Sí, por ahí abajo están.* Y prosiguen: *Que a ver si vamos un día al Bernabeu, primo.* No jodas, ¿a ver eso? *Si eso es lo peor.* Si es que dan pena. *Dan pena, tío, es verdad. Sí, son lo peor.* Pasa un coche por el tramo final cortado

al tráfico de la calle del Real, qué fastidio. ¿Tus padres? Por ahí andan, ¿los tuyos? Un poco más abajo, esquina de Foto Núñez, donde la vieja casa en ruinas que fuera largo tiempo solar para aparcamiento. He aquí la apariencia semifinal (*¿pero qué están haciendo aquí?*) del más paciente de los procesos de reencarnación: la metamorfosis inmobiliaria. Obras de construcción para un bloque de pisos de nueva planta. *La madre que los parió.*



Los primos de casa de la abuela hacían la vaquilla, echaban partidos de fútbol interminables en la terraza de su piso y pasaban los domingos en la piscina de Juan Román. Los primos de la abuela, los únicos primos verdaderos, bebían Coca-Colas de dos litros en las comidas, se bañaban todos juntos en el pilón y compraban gominolas donde la Nicolasa. Los primos dormían la siesta acariciándose el lóbulo de la oreja y luego buscaban flores por las cerquillas de Santa Ana y metales preciosos en la *algora* del casillón.¹⁹ Años después, la congregación local de la iglesia de los Testigos Cristianos de Jehová transformó nuestra infantil cámara del tesoro en su Salón del Trono, sobrio palacete de conferencias donde grupos familiares de zapateros y escayolistas, hermosos misioneros y apocalípticas radiantes, se empeñan en adorar al viejo dios de la sangre revenida devenido santo patrón de la liquidez americana: discursos y demostraciones sobre usos prácticos del conocimiento bíblico.²⁰ Y en las noches de verano, de vuelta de ir a regar con el abuelo Doroteo en los ‘hotelitos’ de las colonias –los chalets de las urbanizaciones de veraneantes donde vivían los ‘niños pera’, los ‘peritas’–, los primos *d’en ca’ la’ güela* se sentaban juntos en la calle, a la puerta del corral, a escuchar a sus madres contar historias.

VI. Domina Ludi

El ambiente en las inmediaciones de la plaza es como el de las fiestas patronales sólo que se celebra «febrero el cojo» y no «agosto el rubio». Corrillos de gentes abrigadas, madres con carritos de niños contándose sus cosas deambulan por entre los grupos de niños con globos de colores. Suena, por los altavoces de ambiente que ha instalado el ayuntamiento, el sonido grabado de la dulzaina. «Vaquilla número 24, ‘Relamida Segunda’. Vaquilla número 24, ‘Relamida Segunda’.» Entra por el extremo de la plaza que da a la calle de la Iglesia un grupito de niños muy pequeños vestidos de vaquilleros y su vaquilla, llevada por un chico mayor. «Hay que chiquitillos», dice alguien entre la gente. «Cómo son de pequeñajos». Un poco más acá, una niña, a su madre: «Mamá hay una niña». «Sí, hay una niña», le responde la madre.

Camuflada su pluma entre la del grupo de *castratti* que le sigue, el mayoral de la comparsita benjamina ha resultado ser una niña. Durante el baile de la vaquilla en la plaza, el espermatozoide travestido acomete valeros@ al enorme óvulo de cuernos con sabor a rosquilla, presunta representación artística de la bestia alienígena que da y quita la vida. Los mini vaquilleros por su parte, baraja de cabestros al servicio de su capitana, rodean en círculo al altivo personaje que porta sobre sus hombros el armazón de la vaquilla y dan vueltas en torno suyo. Los buyecitos-vaqueritos con corazón de león y cabeza de chorlito giran alucinados en derredor de la novia de su novia, restallando sus ondas contra el suelo y acosándola por turnos hacia uno y otro lado. (Bueno, eso es lo que se supone que deberían hacer, pero estos enanitos han decidido formar una línea frente a ella para cortarle la retirada y atacarle de frente, sin buscarle las vueltas; a lo *gonzo*). La vaquilla, en el centro, acomete y retrocede al tiempo que gira en derredor. De ambos movimientos, envueltos en el jaleo de las ondas, los campanillos y el rumor de las voces de los espectadores, resulta la danza que llaman “bailar la vaquilla”.



Tras un minuto escaso de baile de acoso-defensa, los primeros padres se apresuran a coger de la mano a los niños y salen todos corriendo por el otro extremo de la plaza, hacia la cuesta de la calle de Feria. «Es la vaquilla más pequeña que hemos visto nunca», comenta el animador por los altavoces. «Un aplauso para ella.»



* * *

Hace sólo un rato, podría ser un siglo, sentados a la mesa de uno de esos negocios agradecidos con la pedrea del marketing de promoción turística del alma pagana en

fiestas, al postre y los cafés tras la comida, charlaban los amigos de papá y mamá sobre el frío de la sierra. Sobre los olores de las abuelas. Sobre el dinero que dan y quitan los bancos y los años de los que consta cada una de las distintas etapas de la vida. Hace sólo un rato, tú comías la papilla que te daba mamá, ¿te acuerdas, becerrilla? Y mirabas muy quieta, seria y casi compungida sobre las rodillas de tu padre, a los extraños señores que, al otro lado del pupitre rectorial, ponían carita de niño para preguntarte *¿cuántos años tienes?* y te llamaban por tu nombre: *Domina Ludi*, señora de las leyes del juego.²¹



La niña de la suerte, cuyo nombre es también Oriente, llevaba un jersey de lana de colorines precioso y, según su padre, hacía apenas quince días que había empezado a andar sola. En el momento en que su madre la suelta por primera vez de la mano entre el gentío de la plaza, la reina de los sueños emprende su primer gran viaje por el mundo exterior. Tras un breve período de adaptación dando vueltas en derredor sin separarse del grupo de los mayores, avanza primero unos pasitos en línea recta hacia fuera, luego se vuelve y mira hacia atrás. Se detiene para mirar al frente, por entre el baile de piernas. Prisionera de la calle abarrotada, cercada por la indecisión, criaturita bienandante ve venir hacia ella al señor más bajito de todos, que pasa de largo sin verla. Él le da ya la espalda y sigue de frente... es ahora cuando la niña de oro, bestia automática, se pone a seguirle, se va detrás. Y a medida que avanza enfilando para abajo, hacia la calle del Alamillo, va acelerando torpemente sus pasitos para no perder distancia con su guía. Se va con él. La eralilla brava ha echado a correr.

* * *

Dicen: vestir la vaquilla, labor de madres y novias, de abuelas, hermanas y vecinas.

Vestir la vaquilla, dicen: trabajo decorativo del más alto nivel.

Vestir la vaquilla, según la descripción de los etnógrafos²²: primero se construye «un armazón de madera de forma ligeramente divergente de atrás hacia adelante.» A continuación «se forra con un grueso cartón en forma de arco y sobre él, haciendo de lomo, [se pone] un primer ropón ligero. Posteriormente otro ropón más vistoso o mantón de manila, que viene a afirmar ya el definitivo ‘lomo’ de la vaquilla.» La tercera operación atañe al forrado de las varas o costillas de la vaquilla con «papel de color, teniendo siempre presente que estén verticales para aguantar el peso de los pañuelos.» Los pañuelos, en cuarto lugar, «bien planchados, se anudan a las varas agrupándolos por dibujos o colores, colocando los más vistosos en la parte delantera.» El vestido de la vaquilla se acaba con una serie de adornos finales: «las rosquillas, diez entre las varas y cinco o seis en la parte frontal y trasera, también claveles confeccionados por las madres. En algunos casos se pueden embolar los cuernos, simular la cara del bóvido, colocar espejos, collares, pequeñas banderillas, etc.»

Vestir la vaquilla: dicen que los muchachos avisan a sus madres para que “vistan a la vaquilla.”

Vestir la vaquilla: el papel de las madres, dicen en el ayuntamiento electrónico, «es fundamental porque la gestión y organización de cada vaquilla corre de su cuenta. Suelen reunirse varias veces al año, y más asiduamente a medida que se acerca la fecha de la fiesta, para hablar sobre las nuevas incorporaciones al grupo y decidir si se modifican o adquieren nuevos elementos decorativos de la vaquilla. Unas dos semanas antes de la celebración de la fiesta comienza el verdadero trabajo. Las madres se reúnen en un lugar elegido por ellas (suelen ser garajes de viviendas) para “vestir la Vaquilla” [...].»²³

Vestir la vaquilla: de la superior capacidad que muestran las mujeres en el desempeño de las más diversas tareas de organización formal, esto es, estética, de la expresión comunicativa, dan cuenta hoy los modernos modelos científicos de la psicobiología evolutiva.²⁴ Así las cosas, se comprende que algunos hayan creído incluso entrever

detrás de «la más extraña y misteriosa de todas las metáforas occidentales», la figura extravagante de Yahvé, la pluma irónica de una mujer sabia de noble linaje.²⁵

VII. Las cigüeñas (Dentro de la espiral platónica 1)

El viatge no s'acaba
I no sé d'on vinc ni on vaig,
Vull seguir però vull quedar-me,
Vine amb mi aquesta tarda
Perquè amb tu no sé el que em faig.²⁶

En la esquina de la plaza, visitantes y visitados, los colegones reunidos comentan la que es para ellos, objetivamente y sin ninguna duda, la gran jugada maestra de este viejo partido de la pureza contra la inmensidad. “De un tiempo a esta parte cómo ha mejorado la raza femenina por aquí, ¿no?” “Claro, coño, ahí es donde reside la autenticidad de la fiesta esta.” Cae ya la tarde y llegan las primeras despedidas del grupo. Se escucha ahora una jota: Venga el vino del lugar, venga el vino... el bueno vino que estaba en la parra / el buen vino que no emborrachaba. Pero quien viene es Víctor Manuel Jurdado ‘Tadeo’ a dar señas de su hermano el francotirador gitano («¡TJ al tejado!» «¡Payo-payo-payo!») y artista vaquillero, y a quejarse de los últimos aparatos llegados de la ciudad. Luego, en primer plano, la llamada ‘chica del *Estatut*’—¿quién coño será esa tía?— irradiando brevemente contra el frío. Ya en el inicio del ocaso surge volando sobre los tejados de las casas de la plaza un grupo de esos emigrantes subsaharianos que todos los años vienen aquí a pasar la primavera y el verano.²⁷ Vuelven a dormir a sus nidos las cigüeñas criaderas de San Blas y traen con ellas el recuerdo de cuando los amigos las vieron volar sobre esos mismo tejados como si fuera la primera vez, de vuelta al África.

Era casi fines de verano y esa hora de la tarde cuando las parejas de señores y señoras de Colmenar, creyentes de toda la vida, cruzan despacito la plaza del pueblo camino de la novena. Nos hallábamos ya en el dulce declive de una reveladora visita controlada al santuario espiritual de los animales de la noche, el mundo subterráneo de las pesadillas.²⁸ Los niños santos mejicanos que Paloma se trajo de Amsterdam habían resultado, en efecto, ser unos guías maravillosos²⁹: la placa de contraste de los pulmones había dado negativo y por el tamiz de los muchos libros se filtró por primera vez la oración eterna de los dioses: *Esto se pasa, todo se pasa*. Los dos exógamos

interiores, exilados-asilados, salieron entonces a tomar un poco el fresco al balcón. Fue entonces cuando las vieron marcharse: las cigüeñas están partiendo, han estado aquí siempre. Se dieron cuenta, por la primera vez, de que las cigüeñas eran esos “forasteros de toda la vida” de los que habían oído hablar a sus padres y a sus abuelos. Los estrafalarios habitantes del campanario de la iglesia. Era mediados de agosto, víspera de las fiestas patronales, y las vieron levantar el vuelo sobre las espadañas y alejarse comenzando el largo viaje de vuelta. Se iban a pasar los duros meses, secos y fríos, del otoño y el invierno castellanos en el templado humedal de su hogar natal africano. Cuando vuelvan a ocupar su vieja casa solariega en lo alto de la torre, empezará otra vez a terminar el invierno para nosotros, y asomará, genómica última del alma, yema nueva en las ramas humanas del árbol del ahora. Danza loca de la vida.



Como se sabe que ocurre con algunos perros y sus amos³⁰, también las cigüeñas sienten que sus vecinos se han puesto de camino a casa. Eso que descubrimos fue lo que habíamos olvidado: *Animal trip*.

VIII. Cowboys con cámara (Dentro la espiral platónica 2)

Desterrados del su mundo de tinieblas a mandobles de espada de luz, los fantasmas del reino animal que en la noche de los tiempos asaltaban el ánimo dormido de los primeros cazadores y ganaderos, se hacían ahora, tan tímidos, zalameros y despiadados como siempre, en la breve superficie de las mil y una telepantallas.³¹ Madres-padre y padres-madre, que asemejan aquí a los chicos de la prensa, rodean a los grupos danzantes registrando la escena desde todos los ángulos con sus cámaras de fotos y de vídeo digitales. Decenas de francotiradores aficionados apostados por doquier disparan

ráfagas de metralla videográfica contra los cuerpos y las paredes, balas de clarividencia que rebotan en el asfalto y las nubes para acabar explotando proyectadas en la privacidad del saloncito doméstico. Todavía excepcionalmente, alguna de estas producciones-proyecciones caseras, clásicos cinematográficos donde los haya³², ha llegado a ser ascendida al ciberfirmamento de los vídeos digitales: introduciendo las palabras ‘Colmenar’ + ‘Viejo’ + ‘Vaquilla’ en el cuadro de búsqueda de la página de vídeos de Internet Youtube, se encontrará una referencia con el título “Vaquilla cazaclavos 2007 colmenar viejo”.³³ Se trata de una grabación de vídeo con sonido directo de poco más de un minuto de duración que muestra el baile de una vaquilla en la plaza del pueblo. La secuencia comienza con la vaquilla entrando a la carrera, sola, por un extremo de la plaza. Al poco aparece el mayoral y luego entran los vaquilleros que se apostan rodilla en tierra, forman una final, en el extremo inferior de la imagen. Desde allí observan como el mayoral templea con pases de capote invisible unas cuantas embestidas que le lanza la vaca. A continuación los vaquilleros se unen al mayoral para rodear a la vaca y todos inician el clásico baile en círculos que concluye con la carrera final de salida por el extremo opuesto de la plaza. (Por cierto que el original motivo de inspiración taurina que se observa en la parte inicial del baile de esta vaquilla podría entenderse también, a la manera de los llamados ‘cantes de ida y vuelta’, como una especie de *aire americano*.³⁴



Ahora se están encendiendo las luces de las farolas y aparecen en la plaza las vaquillas de los mayores, chavales jóvenes, de quince en adelante, hasta la treintena y más allá aún. Son los vaquilleros del cubata y el teléfono móvil, *cowboys* con cámara a quienes nada divierte tanto como saltarse el protocolo municipal establecido y provocar la indignada amonestación del señor colegiado, vgr. el pregonero oficial de la fiesta, que

hará “constar por escrito a los efectos oportunos” su defensa de la obligatoriedad del “mantenimiento de las formas” como medio inexcusable para “cumplir con la tradición.”³⁵ Solo que, Don Árbitro estimado, sabido de todos es que, en esto de la tradición carnavalesca, o se es serio o se es formal, pero nunca las dos cosas. La risa que os degrada es la fuerza material que os realiza.³⁶ En la indestructible animalidad del hombre, la responsabilidad moral –o espíritu– adopta la forma de *humor*.³⁷

Enfilando la cuesta de la Feria aparece otro grupo de estos que podríamos llamar “vaquilleros de los de toda la vida”. Pura raza contemporánea de primos y otros conocidos: virreyes del ladrillo, empleados municipales y opositores superiores gastándose un “moscoso”, adoradores clandestinos de María la clandestina, maridos, hijos, padres y hermanos de Colmenar Viejo S.A., empresa patrocinadora de la liga local de fútbol-sala. Del instinto depredador a la intuición técnica en dos generaciones escasas, la alucinada estirpe de cazadores, ganaderos y toreros produce ahora *evolutionary scientists, genetic engineers & video-game beta testers*.

(Ya en el albor del siglo XVII, esta célebre raza autóctona y marca registrada del espíritu catolicopecuario del capitalismo español ganó su fama primera como proveedor oficial de las Corridas Regias, alta liturgia sacrificial cuyo fin era tratar de hacerles la pelota a los presuntos dioses de la fecundidad y la prosperidad nacionales.³⁸ Mas siendo como son los dioses olímpicos de común caprichosos e inclementes, acabaron por darle a tan escogida ofrenda ritual la más ominosa de las puntillas: fue en el cerco impuesto por las tropas franquistas a la sierra de Guadarrama durante el asedio final a la capital madrileña donde encontraron su verdadera perdición final aquellos “toros de la tierra”, pura sangre de vacuno salvaje otrora gloriosa y ya entonces muy venida a menos. Según autores expertos en la materia, la decadencia general ya que no particular de la ganadería brava de Colmenar comenzó con la aparición, a principios del siglo XX, de nuevos usos en el transporte de ganado basados en el tráfico ferroviario que, al facilitar, abaratando los costes de tiempo y dinero, el traslado de ganado bravo desde otras regiones a las plazas de Madrid, perjudicó notablemente a aquellos ganaderos de la zona próxima a la capital «con menos ‘cartel de la tierra’ .»³⁹ El muy exitoso caso de la emprendedora ganadería local fundada por Vicente Martínez, pionera en la adopción del sistema de ‘encerraderos’ para el embarque ferroviario de los toros⁴⁰, sería la excepción

que confirma la regla. Durante la Guerra Civil, período en el cual la representación municipal legítima, bajo teórica autorización y mando republicanos, fue harto frecuentemente secuestrada en la práctica por milicias sindicales facciosas de orientación socialista-revolucionaria y anarquista, «las fórmulas revolucionarias y las necesidades de la guerra se encontraban lejos de valorar el fuerte peso histórico que suponía el ganado bravo para Colmenar Viejo. En mayo de 1937, el concejal encargado del abastecimiento de reses para el matadero municipal solicitaba al pleno “proceder a la matanza de ganado de lidia y no al de otra clase de ganado vacuno que podría causar perjuicio a la agricultura como elemento de trabajo.”»⁴¹ Pese a las directrices explícitas en sentido contrario emanadas de la autoridad gubernativa⁴², «el descontrol con las vacadas fue generalizado, despreciadas por pertenecer al enemigo y adscribir las a una economía burguesa, sus destinos se supeditaron claramente [a los del] resto del ganado de labor y de producción lechera.» Aunque el censo conocido de ganaderías bravas de Colmenar Viejo era aún, hasta la primavera de 1937, «aceptable», durante el año final de la contienda «la liquidación fue masiva».⁴³ De suerte que, acabada la guerra, aquel animal mitológico criado como un rey para morir como un héroe y convertirse en un dios⁴⁴, el toro de la sierra de Madrid, noble sobre la yerba y bravo sobre la arena, se halló al borde mismo de la extinción.⁴⁵)

El ganadero, ingeniero agrónomo y escritor local Luis Vicente Fernández Salcedo, el conjunto de cuya obra técnica y literaria, portento de precisión y maravilla, compone un tratado historiográfico de primera mano sobre el proceso de modernización de las artes económicas tradicionales de la ganadería de bravo para el caso colmenareño, que tuvo lugar durante las décadas primeras del siglo XX, cuenta en uno de sus libros una anécdota absolutamente feroz, de tan aparentemente cómica, que ilustra como ninguna «la angustia de una época absurda». En septiembre de 1939, de vuelta en la casa solariega de Colmenar tras la larga ausencia impuesta por los tres años de guerra civil, el escritor, que ha vuelto precisamente para liquidar en el baratillo los restos exánimes del hierro familiar, otrora tan prestigioso («Queridos amigos», se sinceraría pasado el tiempo con sus lectores, «¿habéis pensado alguna vez en que si los *coloraos* no nos hubieran matado casi toda la ganadería, a estas alturas yo no habría escrito probablemente ni un artículo [...]?»⁴⁶), encuentra el despacho de su padre, auténtica sala de mandos que fuera de la famosa ganadería brava de los Herederos de Vicente

Martínez durante su última gran época, asociada con las gestas de Joselito el Gallo, saqueado por los comités milicianos que habían requisado la casa al inicio del conflicto. Entre los restos destrozados, una fotografía de ‘Ventero’, legendario toro de la casa que en 1918 mató seis caballos en la plaza de San Sebastián. La foto mostraba al toro en el trance de tomar la última vara, «pero lo realmente excepcional de la instantánea es que abarca perfectamente los seis caballos, extremo que dice mucho de la pericia del artista y también de la bravura del toro». Antes de regalarle su obra al ganadero, su autor, el fotógrafo Vandiel, había pintado una cruz blanca encima de cada caballo muerto «e incluso en el cuello del que todavía está en pie.» Al volver a mirar la foto, caída en guerra, del toro de bandera, el escritor se da cuenta de que las cruces han sido borradas.

- «¿No tenía este cuadro unas crucecitas?»

- «Sí..., pero... ¡hubo que quitarlas!»⁴⁷

Lo de los ingenieros genéticos venía a cuento de una noticia aparecida hace poco en el periódico: el emprendedor ganadero local Victoriano del Río anunciaba que, hacia el mes de marzo de 2009, tenía previsto presentar al mundo en su finca de Guadalix de la Sierra al primer toro de lidia *nacido sin madre*, esto es, clonado. Aún a la espera de ser creado mediante un procedimiento, ya estándar, de ingeniería genética consistente en extraer un núcleo celular de macho adulto e inyectarlo en un óvulo femenino previamente vaciado de material genético, el toro Alcalde 2.0 sería un clon perfecto o hermano gemelo de su señor padre, el semental Alcalde, un glorioso ‘juanpedro’ de 16 años que ya ha prestado sus genes a «veinte toros de puerta grande.»⁴⁸ La analogía entre el torero y el probador de videojuegos, por su parte, se apoya en la minuciosa descripción llevada a cabo por el sociólogo neoyorquino David Sudnow de los extremos de finura psicomotriz, carácter correoso y heterodoxa sensibilidad estética que delatan la casta del matador de marcyanos de raza.⁴⁹ Dentro de este mismo esquema, pero en un nivel más profundo, cabrían también, finalmente, ciertas mutaciones adaptativas singulares y *aún más salientes en su variedad femenina* seleccionadas dentro del sendero de evolución humana asociado con la práctica tradicional y moderna de la ganadería brava en las sierras de Madrid. Transitoriamente separado de la nostalgia, la ansiedad y la pureza, triunvirato de terrores patriarcales que acaban echando a perder las sangres, las casas y los negocios⁵⁰, y aplicado a la observación y el análisis de grandes números de las cosas infinitamente pequeñas que constituyen el germen de la vida, el

distinguido conglomerado de cualidades mutantes –la curiosidad y su vecino el atrevimiento sometidas a las increíbles dosis de paciencia grafomaniaca segregadas por una memoria extrema que es toda una fe– que adornan a la pequeña filósofa de la libretilla, hija y nieta de vaqueros, debió, por lo que sabemos⁵¹, contribuir de manera decisiva, en el lustro postrero del pasado siglo XX, a desplazar la frontera de la investigación científica en materia de captura físico-química instrumental y simulación infográfica de las estructuras reguladoras fundamentales de la herencia biológica.⁵²

* * *



“Amo’ a toma’ la última”, anuncia concluyente una de esas almas de taleguero que interpretan sus invitaciones y saludos en la singular clave tonal del habla vaquera de por aquí, forma prosódica distintiva que tan armónica resuena dentro del decorado perenne⁵³ y la trama inmortal de este día de fiesta. *¡Pelegrino!... ¡Vaya huésped que está hecho! Orto..., jorto..., jor...*

IX. Limonada de muerte

Trasunto teatral y complemento activo de los viajes nocturnos del alma, las pesadillas y las visiones extáticas inducidas por tóxicos vegetales, la reunión litúrgica de los huesos y la piel del animal muerto es el más elemental de los ritos religiosos (chamánicos) de comunicación con el reino invisible de las presencias eternas: lo muerto de lo muerto llamando a lo vivo de lo vivo. Al igual que el soplo del Sol llama a la Tierra, la ceniza nombra a la presa. La bestia se hace al hombre que se reconoce en ella: *ánima animal* (George Santayana / Luis Eduardo Aute). «[Q]uienesquiera que fuesen los cazadores

que recogieron por primera vez los huesos de un animal muerto para que resucitase, el sentido de su gesto está claro: poner en comunicación lo visible con lo invisible, el mundo de la experiencia sensible dominado por la escasez con el mundo más allá del horizonte, poblado de animales. La perpetuación de la especie más allá de la muerte del individuo (de la presa) probaba la eficacia del rito mágico basado en recoger los huesos. Todo animal que asomaba por el horizonte era un animal resucitado. De aquí la identificación profunda entre animales y muertos [...].»⁵⁴ Suenan un petardo a lo lejos, cerca del colegio ése que era cualquier cosa menos un cuartel. Los turistas exógamos aún siguen en pie, serenos como nunca antes sobre la vertiginosa rueda festiva de los ancestros. Pero se van haciendo cada vez más borrosas las figuras de estos personajes que en la peli *Trainspotting* se llamaban entre ellos “*My so-called friend.*” Supuestos amigos por siempre supuestos, las criaturas de carne y luz buscan ahora, caída su noche, un sitio entre vecinos y familiares para beber la sangre de la bestia muerta. Que ha resultado ser una limonada riquísima: sangre-leche rojiblanca de la madre de trapo. «Estamos hechos de la madera de nuestros sueños», escribió Shakespeare al final de *La tempestad*.

X. El mito, un mito

Retxes de sol atravessen blaus marins,
Ses algues tornen verdes
I brillan ses estrelles
Que ja s'ha fet de nit
I es plàncton s'il·lumina
I canten ses balenes
a trenta mil quilòmetres d'aquí.⁵⁵

La ofrenda tradicional a los veinte mil nombres de la diosa –Máxima, Paula Juliana, Sole, Pilar, Tere, Raquel, Belén, Mónica, Carol, Elena, Bea, Myriam, Nora, Natalia, Claudia, Vega...– simbolizados en los motivos caprichosos y los llamativos adornos en paralelo que llevan las vaquillas de Colmenar, han de hacerla también y muy especialmente quienes fueron obligados a casarse fuera del clan. Sólo de este modo puede llegar a cerrarse sobre todos los hijos de la tierra el abrazo de los ancestros. De suerte que, si los herederos que se casan con la tradición ancestral tienen que hacer el ridi todos los años corriendo y bailando La Vaquilla por las calles del pueblo, la ceremonia pagana de la renovación de la sangre mortal exigirá también, eventualmente,

de algunos de esos desheredados que tan tempranamente se cansaron de ella, la dura prueba ritual del público repudio festivo del amargo rechazo original.⁵⁶ No otra cosa es este día festivo de turismo rural: la antigua visita familiar, excursión de regreso a la esencia forastera de la belleza interior. Una por la madre, otra por la esposa, por la hermana, la vecina, la abuela, la compañera de clase, la amiga supuesta, la novia que no fue, la amante que será, la mujer desconocida, la mujer insondable, Artemis-Diana, reina de los animales de la noche. Ella, la ‘saludadora’ de los mil nombres, *alhaja bonita*, es Oriente, señora del juego y madre de los chamanes, la diosa pagana que, en sueños, enseña a sus seguidoras las propiedades atómicas de las yerbas y la luna.⁵⁷ No es posible salir de la casa de la madre si no es bailando agarraditos hacia la puerta al son del acordeón y la flauta. Y mientras danzáis trazando círculos sobre la arena, ella te susurra al oído las palabras mágicas más graciosas de todas: *Ni en castellano, ni en inglés; ni en euskera, ni en francés; ni en portugués, ni en chino, ni en guaraní, ni siquiera en árabe; nunca me acabarás de entender, pero da igual porque I Love You.*⁵⁸



Y si, en aquellos, mayores, talegueros, vaquilleros, la objetividad del mundo se desvela de manera espontánea, corriendo lenta a lo largo del curso sinuoso del río de la vida, sin más aspavientos que los de la propia fiesta ritual, ni más viajes que los exteriores, en estos otros, asombrados turistas nativos, el misterio que guardan los veinte mil dioses paganos se revela súbitamente, a cada paso, como astucia del tiempo. Mimando, con esta breve fiesta de bienvenida, el abrazo larguísimo de su despedida interminable, caen unos y otros en la cuenta de que endogamia –el fino arte de reproducirse dentro del clan– y exogamia –que es maravillárselas para procrear fuera de él– son dos caras de una misma moneda encontrada por azar, en una u otra posición, dentro del hueco del árbol de la abundancia. Que no de la sabiduría. Como esos grupos

daneses de ánades comunes y empleados del sector público que aterrizan todos los años por las mismas fechas en las marismas del coto de Doñana y en los complejos de apartamentos de Lanzarote Sur respectivamente, hombres y aves de la Sierra de Guadarrama retornan todos los años al unísono, en ordenadas bandadas de “cada uno a sus uñas”, desde la tierra extranjera en la que siempre moraron al hogar natal del que nunca se fueron. En la media tarde gloriosa, provechosos desechos superdomados de la retienta de los días de escuela y labor comparten mesa y mantel, conversación y paseo, bromas y veras. Violenta como ninguna es la amistad humana⁵⁹: ¡venga de limonada y petardos para quienes una vez se creyeron mutuamente lobas y criminales en potencia!



Las zancudas africanas, compañeras en este largo viaje, se acurrucan ahí al lado, en el enorme nido sobre el tejado de la basílica de Nuestra Señora de la Asunción. Y en el sueño colectivo volvemos a ser hijos de Neptuno por un día. Origen inaccesible de una espiral de partida y regreso inacabables, la inscripción ritual, aquí y ahora, en este ‘Día de la Vaquilla’ de 2006, del mito de Carpetana, la alegre bestia madrileña, deja entrever fugazmente, en la memoria del agroturista exógamo, la trochita sutil por la que se conducen los destinos accidentales y maravilloso de todas estas gentes que ahora le incluyen. Rumbo a ese mar que llaman el morir y ese océano que dicen el nacer.⁶⁰

Hueso y cenizas de lobos que no fueron.

Naves nodriza africanas cruzan un cielo de aljamas.

Misterio apelonándose en el misterio. Combates invisibles.

Amigos, primos, cámaras de vídeo y canciones de viejos. Vacas bravas.

La pequeña y su pequeña, enormes rocas volcánicas, sumergido.

Aquella mujer en su casa, con mi voz.